

## ANDALUCIA MITICA (VII) / CABO DE GATA (ALMERIA)



REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

## La arena de los muertos

«Sobre el Cortijo del Fraile, comido por la tierra, con olor a fuente podrida y a la arena de los muertos, el viento forma remolinos como si respiraran las almas que penan allí»

LUIS MIGUEL FUENTES

RODALQUILAR.- Las montañas de cartón piedra, como de un Belén que hubiera hecho un titán; el mar añil frente al desierto de yucas y pitas, paisaje de Marte o Arizona que moja un pie caliente y lejano en el agua; las calas de un salvajismo agreste, como en una geografía recién pintada. En Almería, en el Cabo de Gata, la naturaleza parece haber hecho un croquis con todas sus posibilidades de lo seco, de lo hondo, de lo alto, de lo mojado. El aire cocinado, adensado, ferruginoso, como si hubiera pasado por una gran meseta, y sin embargo allí a un paso de la playa fresca o dulce; el color de la piedra que arde aun teniendo las raíces en lo húmedo. Frontera abrupta, contraste que hiere y emblesa, naturaleza cortada a cuchillo sin término medio, de los delfines a los escarabajos, de la brisa velera a los matojos que ruedan como en aquellas películas del oeste que se hacían allí cerca, esas películas con todos los revólveres polvorientos y todos los hombres mellados, o al revés. Aquel lugar da gente dura y seca como lo que pisan, lo reconocen por allí los mismos paisanos, gente de distancia, con la callada hosca, con la conversación llena de silencios y recovecos, con una ironía hecha de dejadez o de rejos y una amabilidad manejada como con una cuerda. Aquello, en los años veinte, qué mundo aparte no sería, aquél que inspiró a García Lorca para sus Bodas de sangre.

En el Cortijo del Fraile, allí pasó lo que luego poetizó, adornó o agitanó García Lorca: la traición de Paca la Coja, la venganza que esperaba en los caminos. Para llegar donde siguen viviendo los muertos hay que alejarse del mar, dejar atrás las viejas minas de oro de Rodalquilar, adentrarse por cañones, medir con la vista la piedra roja, los pasillos de cuarzo como una sal más elegante, derrumbaderos, caminos escoltados por cactus. Hay que entrar en lo más caliente y lunar de la zona, por donde seguramente cayó aquel tanque de la película Indiana Jones y la última cruzada, aquella escena del tanque que dicen que se rodó por allí, igual que se rodó Lawrence de Arabia y todavía guardan las gentes del lugar sus fotos de árabes falsos, guerreros de goma, árabes almerienses de otras dunas, al lado de las estrellas de Hollywood.

Sobre el Cortijo del Fraile, comido por la tierra, con olor a fuente podrida y a la arena de los muertos, el viento forma remolinos como si respiraran las almas que penan allí. Tiene las paredes caídas, las habitaciones abiertas, los hogares con arañas, la capilla convertida en nichos, el patio como paseado por carromatos y aguadores fantasmas. Pesan allí las moscas alimentadas de espíritus o de un gran pilón de sangre que todavía quedara. El cortijo igual que un reposadero de buitres, completamente abandonado, es ya sólo una hoguera que quedó de la tragedia, pero aún tiene el poder de devolver a su verdad de alberca y de brutos una historia



que se piensa que pasó con bailarines. No se parecían a bailarines Paca, coja, fea y con un diente raro, ni su primo y amante, Francisco, ni su novio Casimiro, ni el asesino, José, hermano del novio. Hacían todos una banda de feos de daguerrotipo, feos con hoz y borrico, feos sin poesía posible, pero que quizá por eso mismo intensifican la fuerza del mito literario al mostrarnos la veracidad de sus tripas, que no cay-

«Dicen que Paca la Coja murió en Níjar sin saber que había inspirado a García Lorca. Trinidad todavía la recuerda y se emociona»

ron entre claveles.

Dicen que Paca la Coja, Paca la Fea, murió en Níjar sin saber que había inspirado a Lorca. Trinidad todavía la recuerda: «Era fea, con las paletas salidas, y coja. El padre se irritó una vez con ella, le dio un puntapié y le dejó un hueso roto». Trinidad se emociona contándolo. «Ella quería a su primo, se fugaron los dos cuando todo estaba preparado para la boda. 16.000 reales era la dote. Era una boda por interés, porque ella más fea no podía ser. El cuñado, José, los encontró. A él lo mató y a ella la dio por muerta. Pero ella se espabiló y la encontró la gente que iba a coger esparto». En su casa de Rodalquilar, Trinidad enseña los titulares de los periódicos que recopila una edición de Puñal de Claveles, la otra obra basada en el cri-

men, escrita por Carmen de Burgos, «Colombine», la amante de Ramón Gómez de la Serna, la primera mujer española reportera de guerra, que nació también allí mismo. «Las veleidades de una mujer, provocan el desarrollo de una sangrienta tragedia, en la que cuesta la vida a un hombre», decía con sintaxis rara el Diario de Almería del 25 de julio de 1928. «Cuando iba a celebrarse la boda la novia se fuga con un pariente suyo. Horas después se encuentra el cadáver de éste», contaba El Imparcial el mismo día. «El novio, Casimiro, también hace poco que ha muerto, ha estado viviendo en Rodalquilar mucho tiempo -recuerda Trinidad-. Y a José también lo conocí, los hijos estuvieron trabajando conmigo. De aquello se sacaron unos romances que cantaban las mujeres. Pero lo de García Lorca no es lo que pasó, varía mucho».

Al Cortijo del Fraile, cementerio de emparedados, cajón con el polvo que se sacuden los cadáveres, llegan guiris y turistas que quizá creen que se puede matar con abanicos y que cuando caen los amantes cantan las fogatas y las guitarras. Nada acontece como en los mitos. Carmen de Burgos hizo con aquello un final feliz y de princesa: la protagonista huye con su amor verdadero. García Lorca quiso hacer morir a los dos hombres, marido y amante, y dejar a la mujer en la desesperación del duelo, la soledad y el orgullo, que es como dejarle un poco el vientre seco. No fue así como sucedió. Aquella gente hosca y dura moría, mataba y quería de una manera que no es la que piensan los poetas, una manera también hosca y dura, igual que el sitio que pisaban, desierto con sal y cereales donde hay que comulgar la tierra o la tierra te devora.

## Paraísos de mar y piedra

«Es un sitio de gente dura, los que acabamos resistiendo aquí nos hacemos duros», dicen en Rodalquilar. «Las cosas de la fauna autóctona -bromea Antonio Villegas en su bar, El Crisol-. Pocos lugares habréis visto como éste. Aquí todo es especial». Rodalquilar fue un día lugar de piratas y de contrabandistas, pero sobre todo fue zona de campo y de minas de oro, el oro que encontraron en el XIX buscando plomo, el oro que dicen los que trabajaron allí que es el único metal que brilla en la oscuridad por sí solo, como en los encantamientos o en la mano de un nibelungo. Las viejas minas de oro de Rodalquilar todavía mantienen sus torres como cinturas de una gigantesca bailarina de hierro, sus lavaderos como las huellas de un aterrizaje extraterrestre, los pozos verticales por los que se matan todavía los entrometidos que quieren imitar a Indiana Jones, que estuvo allí cerca. Las minas se dejaron de explotar a finales de los 60, cuando ya no eran rentables, pero dicen que quedan todavía toneladas de oro allí dentro, riqueza muy molida, la viruta que se abandonó quizá en ofrenda a las primeras civilizaciones que aprendieron a dominar los metales en el Cabo de Gata.

En la mina ya sin actividad, cargando tubos, haciendo sondeos, estuvo trabajando un tiempo Antonio Villegas, con algo de bluesman barbudo y de okupa de su propio bar, que tiene arte en las paredes y música de B.B. King y vasos de fundir metales en las estanterías. Cuenta que a Rodalquilar, que fue «pueblo, pueblo», la descubrieron para el turismo la gente del cine, que venían allí a buscar sus desiertos aproximados o sus playas para batallas y aviones despenados. Ahora llega allí un turismo despistado, de guiris poco pasados por la peluquería, de gente windsurfista o como pamplonica. Del turismo y de un jardín botánico, de la naturaleza funcional convertida en parque, protegida ahora por las administraciones, vive Rodalquilar. «Pero en invierno es como un poblado mejicano, todas las puertas cerradas», dice Blas en el bar. «Pero esto es un paraíso», contestan. Rodalquilar se parece a un paraíso, o a dos paraísos muy pegados, del mar a la piedra, del azul al fuego, de las palmeras a la literatura, de lo bello vivo a lo bello muerto. La arena de los muertos, es verdad, tan parecida al polvo de dorado de sus montañas.

Mañana: Osel Ling, el Tíbet andaluz